

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Cine y formación docente 2006

Jueves 29 de junio de 2006 en Chepes, La Rioja. Martes 18 de septiembre de 2007 en Posadas, Misiones.

La invención de identidades en el mundo contemporáneo
Por José González Ríos

La propuesta "La invención de identidades en el mundo contemporáneo" nos invita a elaborar una serie de consideraciones en torno de uno de los problemas más generales y longevos en el ámbito del pensamiento. Y si bien ha sido transitado de modo recurrente por la filosofía, la historia, la política, la antropología, la sociología, la psicología y la gramática, entre otros, hoy no lo peregrinaremos desde ninguno de aquéllos, sino más bien a partir de todos y de ninguno; pues el pensamiento mismo en su sentido más originario también puede ser concebido como un entramado de segmentos desterritorializados de diversos ámbitos de reflexión. Asimismo, nuestra perspectiva intentará despojarse de las ataduras propias de estructuras conceptuales determinadas y, por tanto, determinantes, que, como lechos de Procusto, mutilan y clausuran la apertura e indeterminación de los problemas mismos. Sin embargo, como no es dable un punto de vista completamente desvinculado de todo condicionamiento conceptual, nuestras palabras de modo inevitable serán capturadas por diversos órdenes teóricos, pues frecuentemente lo que sacamos por la puerta reingresa irremediabilmente por la ventana.

Así con la seca y árida piedra pómez nos abocamos de modo plural a pulir problemas, pues ellos son también protuberancias irregulares sobre las que tratamos, no para disolverlas como tales sino tan sólo para comprenderlas. La palabra misma "problema" está conformada por el prefijo "pro-", que, como en las palabras "proyecto", "progreso", "promesa", señala algo que está por delante, puntualmente en su caso una dificultad que nos sale al encuentro en la experiencia. Nuestro esfuerzo no es tanto superarlos o bien negarlos sino, más bien, asumir su carácter problemático. Si un problema en el ámbito del pensamiento tiene una resolución que se presenta como conclusiva, entonces con ella pierde su fuerza como un cuerpo cargado de síntomas y malestares sobre los que se vuelve necesario rumiar. Pero si, por el contrario, resiste como problema, si procuramos perseverar en una cierta ignorancia respecto de él, entonces persiste al menos como *una cosa* sobre la cual es necesario pensar. Si hay problema, hay perplejidad, y si hay perplejidad, hay pensamiento. Por eso, al transitar el problema de la invención de identidades en el mundo contemporáneo no ofreceremos una guía para la reconducción de la perplejidad, sino tan sólo una estancia comprensiva y reflexiva en ella.

Ahora bien, esta presentación solicita la palabra sobre el problema de la invención de identidades entre los jóvenes en la nueva escena contemporánea. Pero de qué modo alcanzaríamos una cierta sensibilidad sobre él si no lo comprendemos a partir de nuestra propia vivencia del problema. Cómo pensar críticamente sobre algo que nos es completamente ajeno. Si el problema de la identidad no se hace nuestro, con ello debemos asumir nuestro rotundo fracaso para discurrir sobre él. No podemos abrazar el problema si no es nuestro.

II

Entonces, con la finalidad de alcanzar una cierta sensibilidad y perplejidad respecto de aquel problema escondido en el título "La invención de identidades en el mundo contemporáneo" consideremos, en primer término, los componentes de esta proposición. Por "mundo contemporáneo" no nos vamos a referir ni a la Modernidad, ni a la Post-Modernidad, ni a ninguna de las categorías con las cuales solemos de-nominar a nuestro tiempo. Evitaremos estas nomenclaturas con la intención de no imponer órdenes y atributos a un tiempo que, como todo proceso, continuamente va dejando de ser lo que es para devenir en otro. Como lo señalaron oportunamente y de modo diverso Montaigne, Rousseau y Nietzsche, las categorías mismas son como *phármaka*, remedios y venenos, elaboraciones acuñadas con fines explicativos que culminan oscureciendo aquello sobre lo que inquietan. Con "mundo contemporáneo" aludimos aquí tan sólo a nuestro tiempo, tal como lo indica la expresión misma

cum tempore, que podemos traducir por “con el tiempo”. De este modo, el contemporáneo es el que habita su propio tiempo, el que está atravesado y afectado por las fuerzas que operan y actúan en su propio tiempo. Señala en nuestro caso que el problema de la identidad respira como una multiplicidad a través de nosotros.

Consideremos ahora el segundo componente de nuestro título: “La invención de identidades”. El término “invención” procede del sustantivo neutro *inventum*, que oportunamente puede traducirse por “des-cubrimiento” o bien por “invención”. Su traducción bifronte, sin embargo, abre a una dificultad no menor en el ámbito de nuestra reflexión. Si se opta por la primera vía de traducción, la del des-cubrimiento o des-ocultamiento, se sugiere con ello la posibilidad de que aquello que define a un individuo como lo que es, aquello que le es propio y constitutivo, pueda ser des-cubierto o des-ocultado progresivamente en la experiencia cotidiana. Desde este punto de vista la identidad no es el resultado de fuerzas que van constituyendo la subjetividad y subjetivación del individuo sino que se vuelven la ocasión que permite y auspicia el des-ocultamiento de aquello que ya está impreso en él, esto es, su naturaleza, definición o identidad.

Si se prefiere, en cambio, la traducción de *inventum* como “invención” se confirma con ello un sentido, como lo señalábamos, casi antagónico, pues se afirma así la construcción e invención de la identidad del individuo, no como algo que le pertenece, como una cierta naturaleza, sino como una emergente de su colisión cotidiana con las distintas fuerzas que atraviesan su experiencia diaria. Por eso, con el juego de traducción que suscita esta bella palabra latina estamos delante de nuestro problema, que, por supuesto, formulo bajo la modalidad de una pregunta: ¿cómo podemos concebir que aquello que nos define como lo que somos sea una invención azarosa y siempre cambiante en virtud de las diversas fuerzas que nos traspasan? ¿Cómo admitir que podemos dejar de ser los que somos para devenir en otros, que luego serán otros y así? ¿Cómo es posible que consideremos y hasta afirmemos la invención, construcción o creación de la identidad?

III

Lo que quisiera presentarles ahora son tres modelos que permiten pensar el problema de la identidad, insisto, tanto la individual, la local como la nacional, si es que se trata de ámbitos que pueden distinguirse completamente dado el actual trasvasamiento de estas instancias. Se trata de tres modelos que se han sucedido históricamente pero que, sin embargo, siguen siendo igualmente contemporáneos. Por eso mi interés aquí no es presentarlos haciendo una historia de cada uno de ellos, sino más bien caracterizarlos con sus elementos mínimos. Para ello nos serviremos de diversos ejemplos extraídos del lenguaje coloquial -al que siempre debemos acudir ya que allí se muestran los síntomas y malestares de los problemas-. Los primeros dos modelos, aunque distintos, corresponden a la concepción de las identidades como des-cubrimientos o des-ocultamientos. El tercero, en cambio, al de identidades como invenciones.

En este punto creo oportuno, si me lo permiten, presentarles una dificultad no menor en nuestro camino. Debería decirles que desde el punto de vista de la reflexión contemporánea sobre el problema de la identidad, la mayoría de los autores que podemos visitar para obtener algunas iluminaciones del problema estarían de acuerdo con el tercer modelo, es decir, que las identidades son invenciones cambiantes, fragmentarias, aleatorias, etc.. Pero frente a esas elaboraciones teóricas se impone nuestra experiencia cotidiana que sin lugar a dudas es mucho más fuerte y decisiva que todas las bibliografías que podamos consultar, pues la fuerza de lo cotidiano resquebraja y conmueve la abstracción de textos o modelos de pensamiento teórico. Y si nos apegamos a lo que oímos cotidianamente, deberíamos decir que ese primer y segundo modelo siguen vigentes, pues se oye hablar de “identidad nacional”, de “identidad personal”, “de ser de una determinada manera”. Entonces, aquí, es donde me veo obligado a insistir en esto: desde el punto de vista teórico se trabaja a partir del tercer modelo, que por supuesto, como mostraremos, refleja movimientos propios del entramado de lo práctico pero desde el punto de vista de la experiencia cotidiana, asistimos a una continua y rotunda aceptación del primer y segundo modelo. Quizás, porque sea demasiado dramático para nosotros concebir o pensar que continuamente podemos dejar de ser los que éramos y convertirnos en otros, que estamos dejando continuamente de ser los que éramos para continuamente estar transformándonos en otros, que nuestra identidad se va modificando

continuamente como la piedra que con cada ola va siendo modificada y erosionada por el mar: aunque sea una modificación imperceptible, esa piedra a cada instante está dejando de ser la que era para devenir en otra. A pesar de la unicidad de su cuerpo ¿es la misma piedra?

Consideremos, entonces, brevemente el primer modelo. Desde el punto de vista del lenguaje ordinario escuchamos afirmaciones tales como “mi naturaleza es ésta”, “yo soy así”, “siempre fui de tal modo”, “la identidad argentina es ésta”, “qué querés que haga si soy así”. Por eso este primer modelo postula que hay algo así como la identidad, lo verdaderamente propio, la naturaleza originaria, y que esta identidad se muestra de modo variado en la experiencia cotidiana, como si esa multiplicidad de apariciones o manifestaciones respondiesen a una única identidad, a lo que cada cosa e individuo es en sí mismo. Y yo creo que este modelo está muy vivo aún entre nosotros. Es sintomático en el caso de la “identidad nacional”. Con esta expresión se apela a una instancia originaria, auténtica, definitoria, pues aunque se transformen las estructuras institucionales, los modos de sociabilidad, el uso de lengua, etc., se sigue afirmando que hay desde siempre algo así como lo propiamente argentino, las “raíces”. Según este primer modelo, las identidades, como raíces, son invariantes, insisto, tanto individual como colectivamente. Pero este primer modelo no sólo postula que hay algo así como una identidad, una naturaleza de las cosas, sino que ella es cognoscible, al modo como Yahve expresa el conocimiento que él tiene de sí mismo en las palabras que profiere a Moisés en *Éxodo*, 3, 14: “*Ego sum qui sum* [Yo soy quien soy]”.

Por otra parte, el segundo modelo no atenta contra la idea de identidad, porque del mismo modo postula su existencia. Tampoco contradice el modo variado en que se expresan esas identidades en cada uno de los acontecimientos de la experiencia cotidiana. La diferencia que establece respecto del primer modelo gira en torno de su cognoscibilidad. Se trata de una propuesta sin duda más reflexiva respecto de los alcances de nuestro conocimiento, pues aunque aquella identidad se muestra continuamente en la experiencia cotidiana, en sí misma es inexpresable e incognoscible. Puedo nombrarla a través de cosas particulares, pero nunca como es en sí misma. Se acentúa así, insisto, el alcance limitado de nuestro conocimiento y de nuestros lenguajes. No podemos describir a las cosas y a nosotros mismos tal como somos, ya que un estomago tan pequeño -como nuestro entendimiento- no puede alimentarse de todo lo que desea, y en el caso de la identidad se trata de un alimento sobreabundante. ¿No escuchamos acaso expresiones como “yo se lo que soy, pero no sabría decirte cómo soy”? Esto me recuerda de modo inmediato un pasaje de las *Confesiones* del teólogo cristiano Agustín en el que afirmaba saber qué era el tiempo mientras no se lo preguntaban, pero cuando se lo preguntaban ya no lo sabía. En el caso de la identidad, sé lo que soy, pero cuando tengo que expresarlo ya no lo sé. Entonces si bien este segundo modelo tiene un parentesco con el primero tiene una diferencia no menor con aquél que gravita en torno de la incognoscibilidad de lo propio. Permanece la convicción respecto de la identidad, pero como inexpresable e indecible. Es un modelo ciertamente más ligero y humilde que el primero, pues acentúa el límite constitutivo de nuestro conocimiento de las cosas y de nosotros mismos, tanto individual como colectivamente.

El tercer modelo, más radical que el segundo aún, postula la inexistencia de identidades como instancias originarias que se expresa en una multiplicidad ilimitada de apariciones y manifestaciones. Las identidades para este tercer modelo constituyen multiplicidades que continuamente se inventan y construyen a través de los diversos modos en los que el tejido social y los individuos son atravesados por distintas fuerzas actuantes en nuestro tiempo. No hay identidades naturales, esenciales, originarias, sino tan sólo multiplicidades de experiencias y apariciones. Para este tercer modelo la identidad postulada en los otros dos modelos es tan sólo un concepto abstracto que construimos para ordenar, organizar y conferir coherencia a una multiplicidad de experiencias singulares que no guardan una relación necesaria entre sí. Un ejemplo muy claro de esto es el relato que confeccionamos de cada uno de nosotros, de nuestro pasado, de nuestra historia personal. Progresivamente elaboramos un relato coherente de nosotros mismos, porque quién de nosotros estaría dispuesto a ofrecer una narración contradictoria de sí mismo, a expresar claramente las fuerzas contrarias y contradictorias que fluctúan en su experiencia cotidiana, tanto la pasada como la presente. Optamos por elaborar un relato lineal, ordenado y profundamente coherente de nosotros mismos. Este tercer modelo postula que la construcción de identidades como un todo coherente es el fruto de una invención, que no hay identidades como algo naturalmente propio, que las identidades son el resultado de construcciones de las que no somos, por otro lado, completamente artifices.

Como ejemplo, para la comprensión de este tercer modelo, consideremos el nombre propio. En el caso del nombre propio se trata de algo que me pertenece exclusivamente, que me singulariza, que me define como lo que soy. El nombre propio es un síntoma de mi identidad personal. Sin embargo, si en este auditorio grito "José", al menos cinco o seis de ustedes dirán "¿qué pasa!". ¿Cómo es esto posible? Si me es propio, es porque, insisto, me singulariza, me distingue de otros. Entonces, hay un nombre que siento como propio, que me identifica, pero ¿qué sucede si también identifica a muchos otros. ¿Sigue siendo propio ese nombre propio? Ese nombre es la consecuencia de una imposición, no ha venido conmigo al mundo. En todo caso fue impuesto para recordar al abuelo, al perro que ya no está con nosotros o bien como fruto del azar en un juego de cartas mantenido entre nuestros padres. Y sin embargo, yo creo que es mío y lo defiendo porque éste es mi nombre. Me molesto cuando alguien lo escribe mal, cuando alguien no lo entiende. Tantas veces me han dicho "José González", a lo que siempre he replicado "¡No!, 'José González Ríos'". ¿Por qué tanta cólera para algo que es una mera imposición arbitraria, un resultado del azar, y que sin embargo siento como propio? Quizá suceda que ese nombre que siento como propio, cuyo origen pudo haber sido, insisto, el azar, progresivamente ha ido cobrando una suerte de fuerza trascendental o trascendente al punto de llegar a definirme, a constituirse como en uno de los pilares de mi identidad. Y si bien cuando era chico aún me era dificultosa la relación con aquel nombre, porque no respondía siempre que me llamaban, en el transcurso de la experiencia cotidiana lo he asimilado, al punto de concebirlo como propio y definitorio. Del mismo modo, creo, vamos ordenando el desorden real y concreto de la experiencia cotidiana hasta unificarla en identidades, en ordenes, que olvidamos como elaboraciones nuestras.

IV

Avancemos un paso más en nuestro camino y detengámonos en una comprensión de este tercer modelo que es constitutivo de nuestro tiempo, porque la experiencia cotidiana también nos ofrece un continuo testimonio de ese tercer modelo, esto es, identidades que emergen como invenciones que resultan del impacto de las huellas, vestigios, efectos producidos por el fenómeno de la globalización de la política y de economía y la mundialización de la cultura en el individuo. Continuamente se modifican nuestros hábitos, gustos, temporalidades, especialidades, moralidades, percepciones, y, por tanto, las identidades. Actualmente somos ciudadanos del mundo, pero no en un sentido cosmopolita, al modo de la *Ilustración*. El mundo llegó hasta nosotros, penetró en el seno de nuestra experiencia cotidiana, promoviendo con ello el movimiento continuo de nuestras identidades.

Podríamos pensar, si me lo permiten, a este tercer modelo bajo la metáfora del laberinto. Sin embargo, es necesario especificar qué clase de laberinto es. Sin duda no se trata de aquel laberinto minoico por el que vaga el Minotauro, porque éste es un laberinto con entrada y con salida. De hecho, ustedes recordarán por las diversas versiones que han llegado hasta nosotros de aquel mito, que en el momento en que el arquitecto fratricida Dédalo y su hijo Ícaro sobrevuelan el laberinto con las alas adheridas con cera a sus espaldas podían contemplar la entrada y la salida de la estructura de mármol, las cuales eran indescifrables desde el plano de inmanencia. Pero tampoco se trata de un laberinto construido al modo del árbol del filósofo Porfirio de Tiro, del siglo III d.C. .Como no nos detendremos en nuestro camino a explicar en qué consiste aquella estructura, les recordaré tan sólo que en Buenos Aires hace ya algunos años existía un parque de diversiones que se llamaba *Italpark*. Allí había un laberinto con pasillos de vidrio. Al entrar uno caminaba para un lado y se golpeaba la cabeza contra el vidrio, entonces sabía que tenía que ir para el otro lado. Después de un rato y unos cuantos chichones en la cabeza uno salía de la estructura, porque era un camino en el que se progresaba por ensayo y error. Así es en la mecánica del árbol o laberinto porfiriano. Un camino progresivo a través del ensayo y error. Sin embargo, la imagen del laberinto que estoy considerando para nuestra comprensión de la invención de identidades en el mundo contemporáneo no es de esta índole. Se trata más bien de laberintos en los que no hay entradas ni salidas, ya que se está siempre adentro. No hay salidas ni llegadas, no hay orígenes ni finales. Cualquiera podría ser su centro, su principio o su fin. Todos y ninguno son igualmente su centro. No hay pasillos más decisivos que otros, ya que todos pueden ser del mismo modo conducentes o bien inconducentes. Son laberintos en los que no hay progreso, no hay evolución, no hay superación, sólo el tránsito continuo por sus recovecos.

A modo de ejemplo podemos considerar el uso del lenguaje, que sin lugar a dudas es testimonio de identidades, quiero decir, no sólo las identidades se expresan por medio de un lenguaje sino que son inventadas por ellos. La lengua no es sólo reflejo sino también agente de identidades. En el uso del lenguaje encontramos una *confusio linguorum* [confusión de lenguas] en la que se ponen en juego segmentos procedentes de otras lenguas. De hecho recordarán que cuando el Padre de Caterina pasa a buscarla por la casa de Margarita, al preguntarle por la copia de su novela ella le responde con una expresión que resulta incomprensible para él. Pero una lengua no sólo está conformada por segmentos diversos, sino también por velocidades distintas, esto es, por intensidades diversas. Pero también por territorialidades distintas que se ponen en juego, al modo como la lengua de Caterina, formada primeramente en su pueblo natal, se va afectando por los usos de sus amigas en Roma, tanto por los empleos de Daniela como de Margarita. Del mismo modo, si pensamos estos distintos componentes referidos a la indumentaria como factor identitario, de la que tampoco es ajena Caterina.

Por eso algunos de los elementos que se ponen en juego en la invención de identidades en el mundo contemporáneo, no sólo en el caso de los jóvenes, por supuesto, sino asimismo nuestro, son *fechas diversas*, *velocidades distintas*, *segmentos* procedentes de otras identidades, diferentes *territorialidades* que se van sedimentando en el individuo como capas y superficies, diversas *temporalidades* que traspasan a un individuo y *líneas de fuga*. Todos estos componentes que funcionan en la invención de identidades a su vez se conectan pasiva y activamente con otras composiciones o identidades. Lo importante en esto es considerar que cualquier punto de estas composiciones, invenciones o identidades puede colisionar con otros puntos de otras composiciones o identidades y, con ello, dar lugar, abrir espacio, para el surgimiento de otras composiciones identitarias. Así cada uno de nosotros es muchos.

V

Finalmente, como lo señalaba al comienzo de nuestro breve camino, considero que podemos alcanzar una cierta percepción de la invención de identidades en la nueva escena contemporánea entre los jóvenes si nosotros mismos somos permeables a las fuerzas que se ponen en juego en la construcción de identidades, si nosotros mismos somos capaces de asumir que continuamente estamos dejando de ser los que éramos para devenir en otros diversos de los que somos, y que todo esfuerzo por promulgar y comulgar con una identidad petrificada, estática e inmóvil implica un inmenso esfuerzo de abstracción por parte nuestra. Un mundo desterritoriado solicita una mirada desterritoriada.

Ahora, entonces, podemos dialogar en torno de estas consideraciones vinculándolas también con *Caterina va in città* [Caterina en Roma], de Paolo Virzì (Italia, 2003), que no en último término gira en torno de la invención de identidades en el mundo contemporáneo. Los escucho...